

Las actividades de la mujer chilena en el pasado, en el presente y el porvenir

Trabajo leído en la Conferencia Femenina del 12

El Comité Internacional de Conferencias Panamericanas juzgando que la mujer ocupa hoy día en la sociedad un lugar importantísimo como factor en el progreso de América, ha solicitado oficialmente la participación de la mujer sudamericana en estas conferencias a fin de que sus actividades sean conocidas y que por este medio se llegue a una mayor grado de simpatía y a una unión internacional establecida sobre la sólida base de la comprensión mutua.

La mujer chilena, y en general la mujer sudamericana, es aún muy poco conocida como entidad social. Se la toma como una tradicionalista apegada a todos los prejuicios de la época colonial. Los países del norte creen que su procedencia española la hace reacia a toda evolución y que, cual la odalisca de antaño, toda su esfera de acción se reduce a los estrechos muros del hogar.

La mujer chilena no es tradicionalista en el sentido de oponerse a las evoluciones modernas. Por cierto que jamás ha abdicado, ni abdicará de sus principios religiosos hondamente arraigados en su alma, ni tampoco admitirá que se relajen las buenas costumbres en el hogar y en la sociedad chilena; pero con respecto a las reivindicaciones, a los derechos y a las prerrogativas que merece como compañera del hombre, sólo hay una voz unánime y solidaria para reclamar la reforma de los anticuados códigos que la relegan a una situación de inferioridad que ya nada justifica, puesto que hoy día la mujer chilena marcha a parejas con el hombre en la senda de la cultura y de la civilización.

Son nuestros legisladores los que adolecen de tradicionalismo; son ellos los que aún no reforman esas leyes inficuas que mantienen a la mujer en un estado tal de esclavitud que ni siquiera le es lícito a la mujer casada hacer uso, no digo ya de sus bienes hereditados, sino de los que adquiere con su propio esfuerzo.

Y sin embargo, la mujer chilena ha sido la colaboradora del hombre desde los primeros tiempos de nuestra historia... No hay un episodio heroico de la vida nacional, en el cual no figure una heroína al lado del caudillo o del guerrero... En el inmortal poema de Ercilla, admiramos a las mujeres araucanas dando valor a sus esposos y aún sobrepasándoles en energía y arrogancia. Lapidario es el grito de Fresia, la esposa del indio Caupeolican, la que al ver que el soberano de la Araucanía se había dejado aprisionar vivo por los invasores, le arroja su hijo a los pies, diciéndole:

"Yo no quiero el título de madre del hijo infame del infame padre..."

Y después, en los aciagos tiempos de la independencia nacional encontramos una pléyade de matronas ilustres que con su heroísmo y portentosa abnegación contribuyeron al triunfo de los ideales republicanos.

Esas mujeres heroicas y valientes que secundaron a los patriotas en los momentos aciagos, fueron olvidadas en la hora del triunfo. El día que el guerrero trocó sus armas por la vara del legislador sólo supo imponerle deberes y castigos... Ni una sola voz aislada se alzó para concederle derechos.

La mujer chilena padeció a ser una cosa, materia disponible del padre o del esposo, especie de larva humana destinada a formar las nuevas generaciones.

Entre murallas de piedra y vetustos portales que ahogaban en germen toda iniciativa personal, sin voz, sin opinión y sin más voluntad que la del amo, las damas de la crinolina y el manto arrullaban el sopor de sus opacas vidas con el interminable canturreo de las Ave Marías del Rosario entre las aparatosas ceremonias del estrado o junto al brasero o a la hormilla preparando el mate, los manjares, mistelas y dulces para la mesa del señor.

A la joven se la destinaba al matrimonio o al monje según conviniera a los intereses paternales. Si la familia era numerosa no faltaba una hija de Jefe condenada al claustro y aún dicen los historiadores que en horas de peligro extremo las hijas menores eran ofrecidas en "mandas sagradas" al Señor.

Durante aquel letargo secular, sin duda que el espíritu de la mujer chilena hacía un trabajo de preparación hondo e intenso, acumulando energías y forjando su alma en el yunque de la abnegación y del renunciamento.

El primer grito colectivo de la mujer chilena fué un grito de plenitud y de amor por los que sufren. Así nacieron las primeras instituciones filantrópicas, la Hermandad de Dolores, la Sociedad de San Vicente de Paul y tantas otras que tendieron una red bienhechora sobre todas las miserias del pueblo desvalido.

La nota característica del espíritu de la mujer chilena es su abnegación. Siempre toma para sí la parte dolorosa. Su corazón late mucho más por el amor que por el odio y si los hombres le niegan otras superioridades por lo menos han de concederle aquella fuerza moral que les supera en la hora del sacrificio y de la inmolación.

Esas larvas humanas que en la mesa del banquete no alzaban la voz ni tenían ingerencia en los negocios, ni menos en los asuntos de interés público, surgían intrépidas, enérgicas y valientes en los momentos supremos de la nación. Azolaba al país una epidemia y ellas acudían a los Lazareto y se establecían a la cabecera de los variolosos o de los coléricos. ¿Quién no recuerda el heroísmo de nuestras abuelas en la gran inundación del río Mapocho acedida a mediados del siglo pasado? Y durante la guerra del Pacífico eran las mujeres de nuestra sociedad las que fundaban y mantenían a su costa los hospitales militares; sacaban hilas y curaban a los heridos.

Hasta a mediados del siglo pasado la instrucción femenina era en extremo deficiente. Las hijas de las grandes familias aprendían a leer y a escribir en el locutorio de los conventos; las demás mujeres eran todas analfabetas.

Las primeras educacionistas, digamos las primeras feministas fueron las señoras Cabezon, quienes establecieron un colegio de niñas que motivó graves preocupaciones entre los tradicionalistas...

Allí debieron educarse nuestras abuelas y las poetisas de aquella época, entre otras las señoras Rosario Orrego de Uribe y doña Mercedes Marín. También pulsó la lira doña Quiteria Varas, Marín, en cuyo hogar se formó una de las primeras tertulias literarias de que se tenga recuerdo en Chile.

El primer paso hacia la evolución de la mujer estaba dado; de Europa llegaban religiosas educacionistas y la primera Escuela Normal formaba maestras inteligentes que preparaban el advenimiento del nuevo tipo de la mujer moderna y consciente.

Pero nadie, absolutamente nadie, se habría atrevido a fines del siglo pasado, siquiera a suponer que una hija de Eva pudiera igualarse con el hombre y menos aún que se atreviera a reclamar deberes. La inferioridad mental de la mujer era un hecho que no se discutía, como no se discutía el principio de Arquimedes o las teorías de Newton. Se necesitó el grito de rebelión lanzado por un grupo de sufragistas inglesas para que la mujer reivindicara sus derechos en el mundo.

El siglo XVIII había proclamado los derechos del hombre, pero se había olvidado de los de la mujer, y como la humanidad se compone de dos géneros, masculino y femenino, era necesario que aquel derecho a medias se convirtiera en derecho humano...

Aquel movimiento feminista tuvo un eco sonoro en América. La mujer comprendió que debía aportar su contribución al progreso y a la cultura nacional; que debía incorporarse en la vida pública y que el seguir viviendo en el campo cerrado de su egoísmo sin utilizar su esfuerzo personal y su ilustración en una obra de bien social, era un grave delito.

La misión de la mujer chilena en el presente se extiende a todas las actividades; no hay un ramo ni un problema importante en la vida nacional, al cual la mujer no le preste su valioso concurso.

Religión, artes y letras, educación, ciencias y política, todo lo abarca, y en cada una de esas actividades encuentra la oportunidad de hacer el bien y de marcarla con el sello de su inagotable bondad.

El sentimiento religioso, profundamente arraigado en el corazón de la mujer chilena, ha producido millares de obras benéficas, cuyas ramificaciones por ser tan variadas y múltiples no cabrían en las páginas de una conferencia. Esta gran fuerza sobrenatural del amor a Dios mantiene desde siglos atrás las admirables cofradías de San Vicente de Paul, de la Hermandad de Dolores, de las Madres Cristianas, que velan a la cabecera de los enfermos, asisten a los indigentes, acuden a las cárceles y presidios, consuelan a los desgraciados y regeneran las costumbres, tratando de elevar el nivel moral de las clases obreras. Animadas de celo por la gloria de Dios y salvación de las almas, las católicas chilenas han fundado numerosas escuelas, patronatos, federaciones y sindicatos estudiantiles y asociaciones de la juventud femenina.

El catolicismo en Chile es una fuerza social y cultural a la vez, tendian siempre hacia un fin noble y altruista. Todas sus obras llevan impreso el sello divino de la caridad que Cristo vino a implantar al mundo.

La más moderna e importante de ellas es la Liga de Damas Chilenas, sociedad internacional católica que tiene en Chile 34 ramificaciones en las diversas provincias. Su acción es religiosa y social a la vez; la Liga mantiene salas de conferencias, bolsas del trabajo, sindicatos de obreras y de empleadas de comercio, y su influencia se deja sentir como baluarte y defensora de la moralidad y de las buenas costumbres de la sociedad chilena.

La educación de la mujer chilena es igual a la del hombre. Puede ella optar a todos los títulos universitarios, y ya figuran en las cátedras y en las clínicas muchas doctoras en ciencias y en medicina. Sin embargo, aún no se advierten los beneficios prácticos de estos estudios universitarios, porque todavía subsiste en Chile el prejuicio contra las mujeres que se gradúan, contra las mujeres que trabajan; este prejuicio constituye un gran estorbo para el progreso del país, atrofia disposiciones artísticas y culturales y esteriliza inteligencias superiores, que podrían aportar un decidido concurso a las ciencias y a las artes chilenas.

En esta materia las americanas del norte nos aventajan, pues que entre ellas ha desaparecido aquel nudo prejuicio contra la mujer que trabajan; ellas han sabido dignificar todas las profesiones, dándole oportunidad a todas las mujeres que luchan por su independencia económica. Pero si estos estudios universitarios y culturales en muchos casos no tienen aún apli-

cación práctica entre nosotros, de todas maneras contribuyen a levantar el nivel moral de la sociedad, tienden a ampliar la visión cultural de la mujer, la hacen más consciente de sus deberes y esta influencia redundará en beneficio del hogar y de la formación de la familia.

Las artes y las letras no han sido del todo descuidadas por la mujer chilena. Al pasar recordáremos a la escultora Rebeca Matte, cuyas obras han sido premiadas en grandes exposiciones europeas y a la poetisa Gabriela Mistral, cuya fama se extiende más allá del continente americano. Novelistas, periodistas, dramaturgas, conferencistas y poetisas rivalizan con el hombre en el campo de las letras. Los centros culturales son numerosos y por todas partes se advierte un deseo de perfeccionamiento intelectual, que en el porvenir dará copiosos frutos. Entre las instituciones culturales que mayor influencia han ejercido en la evolución artística e intelectual de la mujer, mencionaremos el Club de Señoritas, El Partido Cívico Femenino, el Consejo Nacional de Mujeres, el Centro Femenino de Estudio y la Liga de Damas Chilenas, instituciones que son verdaderas universidades femeninas, donde se dan conferencias, se festeja a todos los huéspedes ilustres y se ofrecen diversos cursos de perfeccionamiento.

Pero donde principalmente hemos de buscar a la mujer chilena del presente es en su Acción Social...

He ahí el campo de sus mayores actividades. Son ellas tan intencas y de tal manera encierran todos los problemas vitales de la nación que sería punto menos que imposible darlas a conocer en esta sucinta exposición.

Las benefactoras de la sociedad se cuentan por millares; enumeraré entre las más notables a las Sras. Antonia Salas de Errázuriz, Juana Ross de Edwards, Victoria Prádo de Larraín y Mercedes Valdés de Barros Luco, cuyas donaciones ascienden a millones de pesos.

El problema de la mortalidad infantil ha llegado a interesar, digo mejor a apasionar de tal manera a la mujer chilena, que a combatirlo se dedican centenares de damas fundando un "Patronato Nacional de la Infancia", cuyos servicios de puericultura y maternidad están organizados y regidos según los últimos adelantos de la ciencia y de la higiene moderna. Con sus Consultorios maternales y sus Gotas de leche deseminadas en todos los barrios de la capital, hacen estas damas una obra de cultura imponderable, llevan nociones de higiene al hogar del pueblo y sus esfermas sanitarias completan la acción social del Patronato con las visitas domiciliarias.

También se preocupa la mujer chilena de abrir asilos de Protección a la Infancia desvalida. El huérfano, el vagabundo, el ciego y el sordo-mudo encuentran caritativo amparo en esas instituciones femeninas. El escolar es atendido solícitamente por numerosas sociedades que tienden a mejorar su condición material a fin de que las luces de la inteligencia puedan penetrar en sus mentes. Las Ollas Infantiles dan nutritivo alimento a los niños de las escuelas primarias, en tanto que la Junta de Beneficencia escolar no sólo atiende a su nutrición sino que ofrece vestuario a los escolares indigentes y forma colonias escolares para llevar a veranear a los niños debilitados por el estudio.

La acción social de la mujer chilena no se detiene solamente en el niño. Valientemente ha afrontado ella los problemas más difíciles del presente. Para combatir la tuberculosis existen Asociaciones de señoras, en cuyos dispensarios se curan o se previenen los estragos de la terrible peste blanca y se dan lecciones de higiene a fin de evitar los contagios.

La Liga de Higiene social combate con gran éxito las enfermedades sociales y el alcoholismo. Muy digna de encomio es la labor de la Cruz Roja de Mujeres de Chile, cuyos dispensarios son atendidos por enfermeras diplomadas. Al lado de las abnegadas huérfas de la Cruz Roja, que curan las heridas del cuerpo hallamos a las admirables socias de la Cruz Blanca en cuyos reformatorios sanan las llagas del corazón de las inocentes víctimas de la corrupción humana.

La Liga de Madres, de reciente fundación, aborda el difícil problema de la relajación de las costumbres sociales, provocadas por la licencia de los espectáculos teatrales, los bailes modernos y las lecturas pornográficas. Con sabio criterio tiende a reforzar la autoridad maternal y su misión se extiende hasta combatir la trata de blancas y a velar que no se abuse del trabajo de la mujer en las fábricas y talleres.

La Política, comienza ya también a interesar a la mujer chilena y varias veces durante los últimos años han presentado a las Cámaras proyectos y reformas de bien social.

El feminismo chileno no es combatido ni constituye un duelo a muerte entre ambos sexos. En realidad es una aspiración suprema que tiende a hacer desaparecer el predominio injusto del hombre sobre la mujer para dar lugar a la cooperación. Como en todo conflicto social, hay en el fondo del problema feminista una cuestión económica, un instinto de conservación, por decirlo así, que debe resolverse considerando tres factores: el trabajo, como la manifestación más firme de la personalidad humana, la igualdad de remuneración del trabajo, asignándole a la mujer igual categoría que la del hombre en las diferentes profesiones humanas, e iguales derechos civiles ante la ley.

Nuestras hermanas del Norte, han conseguido ya todos sus derechos políticos y civiles, en tanto que las sudamericanas luchamos aún por obtener las refor-

mas que civilmente nos mantienen aún bajo el régimen de la colonia, de la santa colonia... Con todo, y a pesar de las trabas que la ley anticuada e injusta pone en el camino de la mujer chilena, ya nada detiene el vuelo de los espíritus femeninos y consuela ver que en Chile hay ya una colectividad inteligente y preparada que invade el campo del arte y de la ciencia, que ocupa las profesiones liberales y el magisterio; ellas son las abejas laboriosas de la gran colmena chilena. En ellas hay una hormiga que trabaja y una cigarra que canta...

Los rasgos esenciales de la mujer chilena, esa abnegación que admiramos en las matronas de la crinolina y el manto subsisten aún en la pedagoga y en la artista, en la escritora y en la doctora. Allá en aquel período colonial de gestación interior, que fué para la mujer chilena como el sueño de la Edad Media donde se preparó el Renacimiento, su alma se modeló para siempre, enérgica, fuerte, generosa, patriótica y siempre dispuesta, siempre al sacrificio.

Todas estas actividades de la mujer del presente que he enumerado a la ligera, son obras de tal magnitud y trascendencia social que deberían ser conocidas más allá de las fronteras de la patria, pero hasta hoy día nunca se habían agrupado las mujeres chilenas en una conferencia internacional que las uniera a todas y las diera a conocer... Y permítaseme una digresión... Yo creo que las obras sociales de Chile adolecen de un gran defecto, de un defecto capitalísimo... No hay unión entre ellas.

Con frecuencia se fundan instituciones similares a las ya establecidas cuando con un poco de tolerancia de una parte y un poco de abnegación y de desinterés por otra, se podrían unir ya que un mismo ideal las anima. En Estados Unidos existen esas Asociaciones Nacionales de bienestar social en las que el niño desvalido va encontrando escalonada aquella protección que le recibe al nacer, le ayuda en sus primeros años de lactancia, le lleva de la mano a la escuela y luego le forma y le guía en su primera juventud...

La unión hace la fuerza... Este axioma creo yo que debe ser el tema que escoja la mujer del porvenir. Unión nacional, unión internacional, unión de la humanidad entera en un solo deseo de concordia, de amor y de fraternidad.

Y aún saliendo del terreno de las obras sociales creo yo que la mujer chilena no ha obtenido aún sus derechos civiles y políticos porque no ha unido sus esfuerzos. Si los hombres se convencieran de que no hay una sola mujer en Chile que no desee su emancipación económica, que todas anhelan obtener sus derechos legales, sin duda que nos los concederían.

El actual Presidente de la República don Arturo Alessandri ha enviado durante los tres años de su Gobierno repetidos mensajes a las Cámaras, pidiendo que se modifique la humillante condición civil de la mujer chilena; pero aún no se consiguen esas reformas solicitadas reiteradas veces por nuestro primer mandatario.

Los años pasan y seguimos viviendo de esperanzas, y trabajando por nuestro perfeccionamiento, a fin de que el día de nuestra liberación nos encuentre preparadas para servir a la patria como buenas ciudadanas...

Entre tanto, como decía al comenzar, son nuestros legisladores los retrógrados y los apegados a la tradición o acaso los indolentes que no desean ocuparse de estas reivindicaciones. Se diría que los parlamentarios no comprenden la injusticia que cometen al mantener en ese estado de sujeción a la mujer chilena, a la mujer fuerte, valerosa, inteligente y buena, a esa mujer que lucha y se desvive por combatir los males sociales, por atenuar la mortalidad infantil, por enseñar al que no sabe, a esa mujer que invade las cátedras y las clínicas, a esa mujer artista y poeta que le da gloria en el extranjero... Yo no sé cómo serán las mujeres de otros países del mundo, pero yo por mi parte afirmo que la mentalidad de la mujer chilena no es ni un punto inferior a la mentalidad del hombre; es solamente distinta y por consiguiente una y otra se completan.

Y si así no fuera, ¿cómo es que sin tener independencia económica, sujeta al capricho del padre o del esposo que puede arrebatarse hasta sus gajes y salarios, cómo es que la mujer chilena ha logrado equipararse con el hombre en todas las actividades sociales?

He dicho que la mujer del pasado acompañó al guerrero en todas sus conquistas por la libertad nacional; hoy día le acompaña en todas las luchas y vicisitudes de la vida moderna... Y en el porvenir será la mujer, la que impida las guerras fratricidas, los enconos y las enemistades entre las diversas naciones del mundo...

El universo debe esperarle todo de la mujer... Ella acudirá al campo de la política no a desparejarse en luchas religiosas ni en odios partidistas sino a dar su voto y su adhesión a los que con ella quieran extirpar los vicios; atender a los problemas de salubridad, salvar al niño y a la mujer indefensa; en una palabra, a aquellos que traigan en su programa ideales nobles y orientaciones humanitarias.

Yo me imagino a la mujer chilena del porvenir siempre virtuosa y adornada de todas las prendas femeninas que la hacen la reina del hogar, consciente de sus actos, tolerante con las miserias humanas, compasiva ante el dolor, fuerte y enérgica para combatir los vicios y degradaciones que minan los cimientos de la sociedad.

En efuvios de paz y de confraternidad vibrará el alma de la mujer del porvenir; el esfuerzo de estas precursoras de la Unión Internacional será coronado por un brillante éxito y la confraternidad de los pueblos americanos será un hecho consumado...

"Cuando reinen las mujeres no habrá guerras", decían los antiguos. Y el griego Aristóteles ponía en boca de uno de sus héroes esta admirable frase:

"Pensemos ante todo que son madres y que tomarán a pecho ahorrir soldados..."

La paz futura estará basada pues en la facultad mayor del alma femenina, en su instinto creador y divino: en el amor maternal...

mas que civilmente nos manten-

mentan aún bajo el régimen de la colonia, de la santa colonia...

Con todo, y a pesar de las trabas que la ley anticuada e injusta pone en el camino de la mujer chilena, ya nada detiene el vuelo de los espíritus femeninos y consuela ver que en Chile hay ya una colectividad inteligente y preparada que invade el campo del arte y de la ciencia, que ocupa las profesiones liberales y el magisterio; ellas son las abejas laboriosas de la gran colmena chilena. En ellas hay una hormiga que trabaja y una cigarra que canta...

Los rasgos esenciales de la mujer chilena, esa abnegación que admiramos en las matronas de la crinolina y el manto subsisten aún en la pedagoga y en la artista, en la escritora y en la doctora. Allá en aquel período colonial de gestación interior, que fué para la mujer chilena como el sueño de la Edad Media donde se preparó el Renacimiento, su alma se modeló para siempre, enérgica, fuerte, generosa, patriótica y siempre dispuesta, siempre al sacrificio.

Todas estas actividades de la mujer del presente que he enumerado a la ligera, son obras de tal magnitud y trascendencia social que deberían ser conocidas más allá de las fronteras de la patria, pero hasta hoy día nunca se habían agrupado las mujeres chilenas en una conferencia internacional que las uniera a todas y las diera a conocer... Y permítaseme una digresión... Yo creo que las obras sociales de Chile adolecen de un gran defecto, de un defecto capitalísimo... No hay unión entre ellas.

Con frecuencia se fundan instituciones similares a las ya establecidas cuando con un poco de tolerancia de una parte y un poco de abnegación y de desinterés por otra, se podrían unir ya que un mismo ideal las anima. En Estados Unidos existen esas Asociaciones Nacionales de bienestar social en las que el niño desvalido va encontrando escalonada aquella protección que le recibe al nacer, le ayuda en sus primeros años de lactancia, le lleva de la mano a la escuela y luego le forma y le guía en su primera juventud...

La unión hace la fuerza... Este axioma creo yo que debe ser el tema que escoja la mujer del porvenir. Unión nacional, unión internacional, unión de la humanidad entera en un solo deseo de concordia, de amor y de fraternidad.

Y aún saliendo del terreno de las obras sociales creo yo que la mujer chilena no ha obtenido aún sus derechos civiles y políticos porque no ha unido sus esfuerzos. Si los hombres se convencieran de que no hay una sola mujer en Chile que no desee su emancipación económica, que todas anhelan obtener sus derechos legales, sin duda que nos los concederían.

El actual Presidente de la República don Arturo Alessandri ha enviado durante los tres años de su Gobierno repetidos mensajes a las Cámaras, pidiendo que se modifique la humillante condición civil de la mujer chilena; pero aún no se consiguen esas reformas solicitadas reiteradas veces por nuestro primer mandatario.

Los años pasan y seguimos viviendo de esperanzas, y trabajando por nuestro perfeccionamiento, a fin de que el día de nuestra liberación nos encuentre preparadas para servir a la patria como buenas ciudadanas...

Entre tanto, como decía al comenzar, son nuestros legisladores los retrógrados y los apegados a la tradición o acaso los indolentes que no desean ocuparse de estas reivindicaciones. Se diría que los parlamentarios no comprenden la injusticia que cometen al mantener en ese estado de sujeción a la mujer chilena, a la mujer fuerte, valerosa, inteligente y buena, a esa mujer que lucha y se desvive por combatir los males sociales, por atenuar la mortalidad infantil, por enseñar al que no sabe, a esa mujer que invade las cátedras y las clínicas, a esa mujer artista y poeta que le da gloria en el extranjero... Yo no sé cómo serán las mujeres de otros países del mundo, pero yo por mi parte afirmo que la mentalidad de la mujer chilena no es ni un punto inferior a la mentalidad del hombre; es solamente distinta y por consiguiente una y otra se completan.

Y si así no fuera, ¿cómo es que sin tener independencia económica, sujeta al capricho del padre o del esposo que puede arrebatarse hasta sus gajes y salarios, cómo es que la mujer chilena ha logrado equipararse con el hombre en todas las actividades sociales?

He dicho que la mujer del pasado acompañó al guerrero en todas sus conquistas por la libertad nacional; hoy día le acompaña en todas las luchas y vicisitudes de la vida moderna... Y en el porvenir será la mujer, la que impida las guerras fratricidas, los enconos y las enemistades entre las diversas naciones del mundo...

El universo debe esperarle todo de la mujer... Ella acudirá al campo de la política no a desparejarse en luchas religiosas ni en odios partidistas sino a dar su voto y su adhesión a los que con ella quieran extirpar los vicios; atender a los problemas de salubridad, salvar al niño y a la mujer indefensa; en una palabra, a aquellos que traigan en su programa ideales nobles y orientaciones humanitarias.

Yo me imagino a la mujer chilena del porvenir siempre virtuosa y adornada de todas las prendas femeninas que la hacen la reina del hogar, consciente de sus actos, tolerante con las miserias humanas, compasiva ante el dolor, fuerte y enérgica para combatir los vicios y degradaciones que minan los cimientos de la sociedad.

En efuvios de paz y de confraternidad vibrará el alma de la mujer del porvenir; el esfuerzo de estas precursoras de la Unión Internacional será coronado por un brillante éxito y la confraternidad de los pueblos americanos será un hecho consumado...

"Cuando reinen las mujeres no habrá guerras", decían los antiguos. Y el griego Aristóteles ponía en boca de uno de sus héroes esta admirable frase:

"Pensemos ante todo que son madres y que tomarán a pecho ahorrir soldados..."

La paz futura estará basada pues en la facultad mayor del alma femenina, en su instinto creador y divino: en el amor maternal...

ELVIRA SANTA CRUZ OSSA.
(Roxane).